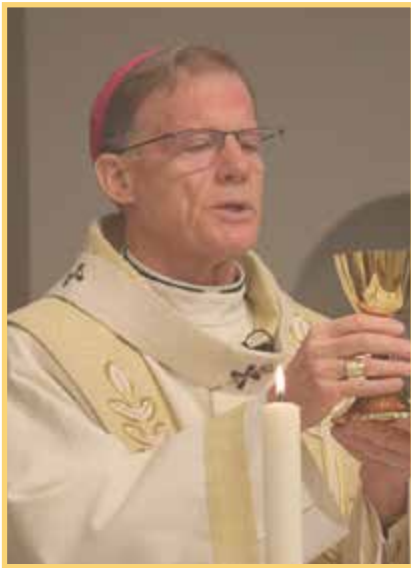


Permanecer en Cristo

La Pascua: Una Celebración de 90 Días



Arzobispo John C. Wester



Al reflexionar en espíritu de oración sobre las lecturas del Miércoles de Ceniza de este año, a primera vista se nota lo que aparentemente son algunas contradicciones interesantes. Por ejemplo, escuchamos que el Miércoles de Ceniza es un tiempo aceptable y que es un día de salvación. Y más adelante, en la misa del día, el Prefacio se refiere a la Cuaresma como un tiempo de "alegría". Pues bien, estos temas reconfortantes y gozosos parecen contradecir las cenizas que nos ponen en la frente, las vestiduras de color púrpura, la omisión del Gloria y el Aleluya y la penitencia que estamos llamados a realizar a lo largo de los cuarenta días y las cuarenta noches de Cuaresma.

Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué la contradicción?

El meollo del asunto es que, en

verdad, este es un tiempo aceptable, este es el día de la salvación y esta es una temporada jubilosa. Estamos empezando a experimentar no solamente el recogimiento propio de la Cuaresma, sino los 90 días de celebración pascual, como me gusta llamarle. Así que tenemos 40 días de Cuaresma y 50 días de Pascua —una celebración de 90 días de duración. Cada año me gusta afirmar que podríamos considerar la Pascua como si fuera un diamante. Y un diamante tiene facetas, tiene caritas. Siendo la Pascua el diamante, cada faceta es un aspecto del diamante. Iniciando con el Miércoles de Ceniza y culminando con el domingo de Pentecostés, estaremos celebrando diferentes facetas del misterio central de nuestra fe: La resurrección de Cristo. La primera de las facetas, la cual da comienzo a la Cuaresma, es el Miércoles de Ceniza, seguido por el Domingo de Ramos, el Jueves Santo, el Viernes Santo, el Sábado Santo, la Pascua, la Ascensión y Pentecostés. Todas las mencionadas son celebraciones que forman parte de la gran fiesta de la Pascua. Como lo que estamos celebrando es la Pascua, lo hacemos con alegría, porque se trata de nuestra salvación. Es nada menos que la vida eterna. Jesús murió por nosotros y resucitó al tercer día, así que nuestra celebración está revestida de alegría pascual.

Sin embargo, esto no quiere decir que pasemos por alto ciertos aspectos de la Cuaresma y no nos demos cuenta de que la cruz es parte de la Pascua, que Jesús murió por nosotros y que llegamos a la Pascua a través de la cruz. Todos llegamos a la celebración de la Pascua

a través de nuestras respectivas cruces. Es por eso que uno de los aspectos de la Cuaresma es penitencial. En el Evangelio del Miércoles de Ceniza se destacan tres maneras de llevar nuestra cruz durante toda la Cuaresma: la oración, la caridad y el ayuno.

Oramos para demostrar que dependemos de Dios. Yo suelo decir: "Dios, soy un simple ser humano, lleno de pecado e imperfección. Te necesito, Señor. Vengo a tu santa presencia, me inclino ante ti y te adoro". Esta es la parte que considero penitencial, porque me gusta ser la cabeza de todo. Me gusta ser el centro de atención. Así que me resulta difícil decir: "Señor, te adoro a ti. No a mí, sino a ti". Aquí es donde aparece la cruz. En mi oración, tengo que hacer penitencia, tengo que recordarme que debo ser humilde, que tengo necesidades y que dependo de Dios.

Y ofrezco caridad no porque considere que soy muy bondadoso, sino porque soy pobre. Ofrezco caridad para recordar mi propia pobreza. Sólo estoy ofreciéndolo a uno de los míos: a mi hermana o hermano que es pobre como yo. Repito: No es fácil hacer eso. Es una cruz que debo soportar, para percatarme de mi pobreza.

Y también ayuno, o hago buenas obras, como indicación de mi propia necesidad, de mi hambre y de mi sed de Dios.

Así que, cualquier cosa que yo haga debería dirigir mi atención hacia la cruz, no hacia mí mismo. Si renuncio a comer golosinas durante la Cuaresma, no lo hago para decir: "¡Oh, miren qué bueno soy! ¡Renuncié a comer barras de chocolate!". Lo hago para recordarme

*Su misericordia
perdura para siempre*

que tengo hambre del Dios vivo y me hace enfocar la atención en el crucifijo. Si dejo de comer golosinas a fin de estar orgulloso de mí mismo y sentirme muy satisfecho conmigo mismo, entonces no debería hacerlo. Más bien, debería comer todas las golosinas que quiera, ¡y ojalá que el dolor de estómago que eso me provoque me recuerde a la cruz! Y eso sería algo bueno, porque es la cruz la que me conducirá a la Pascua. Porque, si me uno a Cristo en el sufrimiento y vivo la realidad de mi llamado bautismal de ser uno con Cristo en sus sufrimientos, entonces seré también uno con Cristo, el que ahora reina a la diestra del Padre celestial. Mis sufrimientos me acercarán al Señor vivo con quien seré uno por siempre en el Cielo. Mis sufrimientos abren un espacio dentro de mí para que Cristo lo llene de su gracia, aquella gracia que conduce a la vida eterna.

No importa qué hagamos, lo hacemos porque Dios nos otorga su gracia, porque Dios está obrando en nosotros, haciéndonos avanzar con su Hijo por el camino de la cruz hasta la Pascua. La Cuaresma es un tiempo para concentrarnos en la cruz, porque es la única ruta que podemos seguir para llegar a la Pascua. En los meses recientes, nuestra Iglesia Católica ha estado cargando la pesada cruz que representa el abuso sexual por parte del clero y, en muchos casos, su manejo inadecuado del asunto. Sin embargo, es sólo llevando esta cruz con Cristo que la Iglesia será sanada y se le dará nueva vida a través de la Resurrección, aun cuando ella busca sanar a aquellos que de alguna manera se han visto perjudicados. Mi oración por nuestra arquidiócesis este año es que cargaremos nuestras respectivas cruces durante la Cuaresma, de tal manera que al llegar la Pascua todos logremos encontrarnos ante el altar del Señor con ánimo para celebrar el don de la vida eterna que Cristo ha ganado para nosotros mediante su cruz ;que es la puerta para entrar al cielo!

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

(Traducción por Anelle Lobos)